



VÍRGENES

ESPOSAS

AMANTES

Y PUTAS

AMARNA MILLER

Durante siglos, la mujer ha ocupado en soledad y sin rechistar los lugares que le han sido designados. Afortunadamente, el miedo y la culpa han dado paso a una lucha por acabar con los estigmas que coartan su libertad. A través de la exposición de sus propias vivencias personales, Amarna Miller analiza el rompecabezas que significa ser mujer en la sociedad actual: desde el miedo a la violación hasta los problemas derivados de la falta de autoestima, pasando por las relaciones de maltrato, el temor a envejecer o el doble estándar y la culpa vividos en el terreno sexual.

INTRODUCCIÓN

Así empezó todo

Oigo a mi madre volviendo del trabajo. La puerta de color verde oxidada por los años se atranca siempre en la mitad del recorrido, soltando un chirrido agudo que he aprendido a ignorar. Tengo once años y estoy haciendo la tarea, concentrada en algún ejercicio de mates que no consigo resolver. Llevo un collar elástico que simula un tatuaje, un pijama heredado de mi prima y las uñas mordidas. Soy de las más bajitas de mi clase y mi pelo cortado a tazón, justo por debajo de la oreja, hace que parezca una seta rechoncha. Un champiñón con gafas. Deseo ser especial. Tener algo que resulte interesante, una habilidad de esas que muestras en clase con orgullo, como poder tocarme la nariz con la punta de la lengua, o saltar bien a la comba. Pronto descubriré que puedo mover objetos con la mente o hipnotizar a la gente con un trabalenguas ancestral que he descifrado en un pergamino. Tal vez tenga una hermana secreta que es bruja y me enseñe a hablar con los animales. O a lo mejor descubriré que puedo comunicarme con seres de otro mundo. No he decidido todavía qué prefiero, estoy en ello. Lo que sí tengo claro es que me siento sola, e intento llenar ese hueco con peluches y mucha imaginación.

Mis intentos por encajar con el resto no están dando los frutos deseados. Mi último recurso es comprarme a es-

condidas la *Super Pop*; mientras hojeo las páginas de la revista intento memorizar cuáles son los cincuenta secretos infalibles para nunca perder a tu mejor amiga y las tácticas para conquistar a mi chico ideal (test de compatibilidad incluido). Empiezo a ver series en la tele, como *Malcolm in the middle* o *Yo y el mundo* para tener temas de conversación en el recreo y me hago una lista con los grupos más escuchados del momento (Ricky Martin, Jennifer López, Dido, Andrés Calamaro y Ella Baila Sola). Tengo tan analizado mi entorno que a este ritmo pronto podré sacar una tesis doctoral de cómo es el mundo preadolescente de principios de los 2000.

Todavía no sé lo que es el *bullying*, pero intuyo que hay algo en mi vida que no está bien del todo. Estoy triste la mayoría del tiempo, tengo insomnio y problemas para comer. Quiero de corazón sentir que soy una niña, pero me veo empujada a reflexionar sobre cosas que todavía no comprendo del todo. Se me exige que tenga una madurez y una fortaleza que no sé cómo gestionar. Me refugio en la idea de que según vaya pasando el tiempo todo se tranquilizará, pero la realidad es que mi vida tiene cada vez más reglas, prohibiciones y etiquetas. Se meten conmigo por llevar el pelo corto y no tener agujeros en las orejas. «Es de chicos», me gritan en el recreo. Cada año que pasa hay una nueva norma que debo aprender. Ahora resulta que no puedo entrar en el mismo baño que los niños de clase. También tengo que cubrirme cuando me cambio delante de alguien, y llevar unos pantalones cortitos debajo del uniforme porque se ha puesto de moda jugar a levantarnos la falda mientras estamos en el patio. Ya no puedo ir en braguitas por casa y me obligan a ponerme la parte de arriba del bikini cuando estamos en la playa. ¿Pero no os dais cuenta de que estoy demasiado ocupada buscando amigos? No tengo espacio mental para pensar en toda esta tontería de hacerse mayor. Me dan igual los chicos, los granos o que me salgan pelos en las

piernas. Intento desesperadamente comprender este juego de dinámicas que me ha venido dado. Y aunque no entiendo nada, en el fondo intuyo que tengo que ponerme las pilas rápido porque solo me quedan un par de años antes de que me venga la regla, me crezcan las tetas y las caderas. Antes de que alguien me pregunte por primera vez si me he enrollado con alguien, o si ya «lo he hecho».

La adolescencia llega con la forma de un misil nuclear que se estrella en mitad de mi pituitaria. Repentino. Inesperado. Como una persona muy grande haciendo un esfuerzo por intentar encajar en una tienda llena de piezas delicadas de cristal, sin percatarse de que lo está rompiendo todo a su paso. Las hormonas aparecen dando un golpe de Estado en mis ovarios. Me llenan los muslos de estrías y la cara de grasa. De repente, estoy plagada de pelos huérfanos en partes del cuerpo a las que nunca antes había prestado atención. Mis fantasías infantiles pasan a un segundo plano cuando me doy cuenta de que los problemas solo se van a multiplicar. Soy un capitán al que le han cambiado de lugar todos los puertos que conoce. Navegando yo sola y sin ayuda la experiencia de crecer. Madurar. Me han dicho que esto debería ser una explosión de felicidad, nuevas emociones y evolución personal, pero, sinceramente, me siento a la deriva. Tras ser dulcemente ignorada durante años, la gente empieza a prestarme atención. Especialmente, los chicos. Pese a los intentos desesperados de ser vista como la misma chica de siempre, pasas a formar parte de otra categoría, como si un alienígena de pechos redondeados y pelo sedoso hubiese ocupado tu cuerpo hasta ahora humano para hacerse pasar por ti. Es casi como hacerse famosa. Te has convertido sin quererlo en un objeto de deseo, una tentación.

Al principio intento resistirme a la experiencia. Me miro al espejo explorando esta nueva cara, este nuevo cuerpo desconocido. En general, mi decisión es que no quiero ser adulta. Creo que no estoy preparada para dar este paso.

No quiero hacerme mayor. No quiero ser mujer. Me niego a llevar sujetador, sigo peinando a mis muñecas y presto poca o ninguna atención a los niños del cole, pero casi en contra de mi voluntad me empiezo a sentir atraída por la idea de comprender mi nuevo capítulo vital.

Este laberinto es mi punto de partida y es ahí donde empieza el libro que tienes entre las manos. En el mismísimo momento en que me di cuenta de que tener dos X en mis cromosomas iba a condicionar la manera de relacionarme con el mundo y conmigo misma. Cuando la sociedad me hizo descubrir lo que significa ser una puta, una estrecha, una bollera, una víbora, una marimacho. Una zorra. Entonces comprendí que la vida no es ese lienzo en blanco en el que pintas lo que te viene en gana, sino que estás influida por tus circunstancias culturales: qué significa la feminidad, el paradigma de la belleza o cuánto nos importa el qué dirán.

A lo largo de estas páginas voy a exponer algunas de las experiencias que las mujeres vivimos a lo largo de nuestra vida, tomando como marco de referencia mis anécdotas personales, que, por cierto, son las de una mujer que vive en Occidente. Caucásica. Cis. Con estudios superiores. Clase media. Criada en una ciudad grande. Hija única. Que calza un 37, no tiene coche y adora el helado de leche merengada. Hola, qué tal. Mi vida está llena de condicionantes que reducen mi perspectiva, y por ese motivo quiero poner por delante que mis análisis se ven limitados por las situaciones que he vivido. Generalizo siendo consciente del peligro que supone escribir en plural y hablar sobre «las experiencias de las mujeres» cuando eres una ficha más del tablero. Este libro es una recopilación de mis opiniones espolvoreada con unas cuantas historias. No es una tesis, ni un estudio, ni aspira a crear un marco teórico. Ni yo ni nadie tenemos el monopolio de las experiencias femeninas, ni del feminismo. Sí, también voy a hablar de feminismo. Y además voy a hacerlo dando por

sentado que todo el mundo que me está leyendo considera que, como sociedad, tenemos que aspirar a alcanzar la equidad entre los géneros. Si opinas de otra manera, tienes todo mi permiso para regalar este libro a alguien que te caiga mal, usarlo como tope para la puerta o de calzador en la mesa de la salita de estar; hacerte un sombrero y llevarlo en las carreras de Ascot; crear una obra de arte dadaísta o dejarlo en una caja para que lo encuentren tus bisnietos. No hay ningún problema. Tampoco voy a pararme a definir conceptos básicos, ni voy a intentar convencer a nadie de por qué debería formar parte del movimiento. Y ya que estoy, aprovecho para mencionar que, aunque te consideres feminista, es posible que no estés de acuerdo conmigo en todo lo que digo. Está bien. Nuestras ideas se enriquecen escuchando y reflexionando con los otros, no intentando imponer un pensamiento único. Al escribir este libro estoy buscando cómplices, no alumnos. Dicho sea de paso, tampoco intento llevar la razón. Mi discurso no es un monolito. A lo largo de los años ha evolucionado y estoy segura de que, con el tiempo, seguirá transformándose.

Lo que busco es abrir un espacio para el debate donde poder reflexionar sobre el vínculo que las mujeres tenemos con los diferentes ámbitos de nuestra vida: la relación que formamos con los hombres, con otras mujeres y con nosotras mismas. Cómo nos enfrentamos al sexo. De qué manera gestionamos nuestra identidad pública. Las contradicciones que desafiamos en nuestro día a día. Qué peligros afrontamos de forma estructural. Masticar todas estas ideas para contribuir a dar una perspectiva más compleja al mundo y alcanzar algún tipo de verdad. Ojo, no pretendo abarcar todas las cuestiones que afectan la vida de las mujeres, sino hablar de aquellas que he experimentado personalmente o sobre las que tengo una opinión formada.

He reflexionado mucho acerca de cómo enfocar todo esto. Cuando hablas en primera persona, es fácil que tus experiencias sean instrumentalizadas y tu discurso se vea deformado. Si a esto le sumas las complicaciones vinculadas a hablar de temas polémicos (y soy consciente de que algunas cosas de las que hablo en este libro lo son), tenemos el caldo de cultivo perfecto para la tergiversación, los malentendidos y la agresión. Por eso he decidido plasmar mis ideas desde la vulnerabilidad, con la creencia de que esta perspectiva me empodera tanto a mí como a mi discurso. Escribir sobre tu vida con sinceridad significa abrirte en canal sin saber quién se va a acercar a juzgar tus órganos. Dejas expuestas las partes más frágiles de tu anatomía: tus deseos, tus fantasías, tus temores. Como en ese juego de mesa noventero que consistía en sacar los huesos, los dientes y los riñones de un paciente enfermo. Cada capítulo es un órgano, y yo estoy quieta e inerte esperando a que nada pite mientras sale de mi cuerpo.

Aunque, lógicamente, me da miedo exponerme a este nivel, también siento que se trata de un ejercicio de confianza necesario para poder llegar a analizar las experiencias de una parte de la población que ha sido ignorada en el relato cultural durante siglos. Es necesario hablar de aquellas situaciones que hacen de nuestro paso por el mundo como mujeres algo único; compartir nuestras vivencias nos ayuda a enriquecer la base de datos del conocimiento y, sobre todo, a consolidar nuestra presencia como individuos en la sociedad.

Por muy paradójico que suene, aceptar mi fragilidad y mostrarla a través de este libro me ha empoderado, y por ese motivo he sido capaz de expresar con palabras temas complejos que he vivido en primera persona, como el maltrato o el acoso sexual. Te animo a que me leas desde esa misma vulnerabilidad, entendiendo que no quiero persuadirte para que pienses como yo. No creo que el ab-

solutismo o las luchas dialécticas sean la manera correcta de conquistar espacios.

También he meditado sobre si debería o no hablar de trabajo sexual. Las opiniones al respecto están muy polarizadas y sacar el tema es sinónimo de meterse en un campo minado. Pero me parecía hipócrita y absurdo hacer un capítulo analizando la relación de las mujeres con su sexualidad obviando que durante una buena parte de mi vida yo misma estuve implicada en la industria del sexo. Por muy harta que esté a nivel personal de hablar sobre ello, he decidido entender este fragmento como un punto y final; una manera de resumir mis opiniones y dejar atados esos cabos que hayan podido quedar sueltos en mi discurso público. Los dos capítulos dedicados al tema son aquellos con más carga teórica, y menos anécdotas personales de todo el libro. No es casualidad. He hecho hincapié en relegar mis vivencias a un segundo plano a favor de aportar estudios y cifras que apoyen unos argumentos desconocidos por la mayor parte de la población. Es mi manera de demostrar, en un tema especialmente peliagudo, que mis ideas están basadas en datos y no únicamente en mi propia experiencia.

Cuando pienso en esa niña pequeña que no quería crecer, me doy cuenta de todas las cosas que me hubiese venido bien escuchar en aquel entonces, pero que tuve que aprender a base de caerme y volverme a levantar. Me hubiese gustado que alguien me hablase de lo que es la inteligencia emocional, la asertividad, el empoderamiento o el maltrato. Que me explicasen qué era la píldora anti-conceptiva. La masturbación. El poliamor. ¿A qué edad está bien empezar a llevar maquillaje? ¿Cómo me depilo las cejas? ¿Por qué ahora dicen que me tengo que poner sujetador? ¿La regla me tiene que dar asco? ¿Es malo que me atraigan las chicas? ¿Qué es esto del feminismo? Todas estas cuestiones y unas cuantas más las respondí yo sola, tarde, y normalmente después de un buen traspie. La

mayoría podían haberse resuelto con una conversación en el momento adecuado. Mi caso no es una excepción. Somos muchas las que nos hemos sentido perdidas a la hora de enfrentarnos al mundo, y otras tantas las que nos hemos hecho y seguimos haciéndonos esas mismas preguntas, muchas veces sin llegar a formularlas por vergüenza o miedo a ser juzgadas. Como mujeres estamos todavía aprendiendo a hablar, de forma torpe y sin entender del todo cómo visibilizar nuestros problemas. Esas experiencias que no nos hemos atrevido a confesar. Como la vez que un tío te siguió hasta el portal de tu casa o cuando te dijeron que no podías ir al trabajo sin maquillar.

Este libro surge con la idea de compartir todas aquellas cosas que me hubiese gustado oír unos cuantos años atrás, pero que finalmente tuve que descubrir por mi cuenta. Esos conocimientos y aprendizajes vitales que me han ayudado a descifrar el rompecabezas que significa ser mujer en la sociedad actual.

Más o menos.

Todavía estoy en ello.

CAPÍTULO 1

Miedo, culpa y soledad

El miedo al mundo

Abro la puerta de la casa eufórica y voy saltando los peldaños de las escaleras de tres en tres para reunirme con mis amigas. Llevo un conjunto de camiseta y pantalones a juego de color azul oscuro con flores amarillas y el pelo recogido a los lados de la cabeza con dos horquillas. Hoy es un día especial: es la primera vez que mis padres me dejan bajar sola a la calle. No sin antes advertirme que tengo que volver antes de la hora de la comida y mandarles un mensaje cada vez que el grupo se mueva de localización. Solo voy a ir a jugar al escondite a la plaza del pueblo, pero esto es un *big deal* en mi corta trayectoria vital. Cuando estoy en Madrid, solo puedo salir si hay algún adulto vigiándome, cosa que no sucede demasiado a menudo. El resto de mi tiempo lo paso dentro de casa.

Ahora es diferente. ¡Estoy de vacaciones! Hemos venido a un pueblecito costero para pasar los meses de verano y mis padres consideran que el número de peligros que me acechan aquí es mucho más reducido, así que puedo hacer cosas que me están vetadas en la ciudad. Yo no entiendo exactamente de qué tengo que tener miedo, pero de alguna manera soy consciente de que es mejor ir con cuidado. Me han repetido, casi como en una letanía,

que tengo que evitar llevar faldas cortas o sentarme con las piernas abiertas, siempre llevar la blusa bien abotonada y no juntarme demasiado con los chicos. Si algún desconocido se me acerca, tengo que ignorarle e ir corriendo a casa.

Esto de los chicos lo he aprendido hace poco. Hace algunos meses un tipo me tocó el culo mientras andaba por la calle y, en vez de reaccionar como los superhéroes de mis cómics y pegarle la leche que se merecía, me quedé paralizada y sin saber qué hacer. Mi padre, que estaba paseando unos metros por detrás de mí, se encargó de la situación, pero desde entonces me siento culpable por no haber sabido reaccionar a tiempo. ¿Por qué no fui capaz de decirle nada?

Según me hago mayor, mis miedos empiezan a tener nombre. Pasan de ser una bruma impalpable a cobrar una forma clara: tengo miedo de que me secuestren, de que me maten. Pero, sobre todo, tengo miedo de que me violen. Que me arrinconen en una esquina para tocarme las tetas, o que un desconocido se meta conmigo en el ascensor y me baje las bragas a punta de navaja. Ya no soy esa niña que va a jugar a la plaza del pueblo, pero sigo mandando un mensaje con mi localización cuando llego a casa, esta vez a mis amigas, para que no se preocupen por mí. Apago la música si estoy en el metro de noche, pero me dejo los auriculares en las orejas para no dar pie a ninguna conversación indeseada. También me pienso dos veces el tipo de ropa que voy a llevar dependiendo de si voy a ir o no acompañada: nada de faldas por encima de la rodilla ni camisetas ombligueras si tengo que ir a un sitio yo sola.

Sin querer, todos mis referentes me han enseñado que las mujeres somos el sexo débil. Más pequeñas, más frágiles, más emocionales y, sobre todo, más vulnerables. Víctimas potenciales instruidas para tener miedo al mundo. Programadas para ser la presa, nunca el cazador. Así es

como me siento: una gacela asustadiza que corre en cuanto oye el más mínimo ruido. Y si hay algo que he aprendido en los documentales de La 2 es que la historia de la gacela nunca acaba bien: o se la comen, o se pasa toda la vida huyendo. No puede defenderse. Aunque nosotras sí que podemos. Tenemos todo lo que necesitamos para aprender a contraatacar, pero no lo hacemos porque hemos sido criadas en el guion del miedo. Un condicionamiento que nos hace pensar que o bien lo que nos pasa no es para tanto, o bien somos las culpables de lo acontecido y, en cualquiera de los casos, no tenemos derecho a quejarnos.

Tampoco quiero afirmar que la única manera de protegernos es a través de la respuesta física; saber kárate a duras penas nos va a quitar el miedo que nos han inculcado. Cuando hablo de que las mujeres tenemos que aprender a defendernos, estoy también haciendo referencia a esas herramientas de gestión psicológica que nos ayudarían a salir de situaciones indeseadas. Véase: aprender a quejarnos cuando algo no nos gusta y también a verbalizar nuestras necesidades aunque esto implique incomodar a la otra persona. Y, sobre todo, comprender que la complacencia que nos han enseñado a demostrar no puede poner en peligro nuestra integridad.

Si tenemos en cuenta que la mayor parte de las violaciones son perpetradas por familiares o conocidos de las víctimas, podemos afirmar que el líquido conductor de la violencia es la sensación de pérdida de voluntad mezclada con la manipulación extrema, y no tanto la indefensión física.

Hace unos años el Ministerio del Interior español fue objeto de polémica después de publicar una guía de recomendaciones para prevenir violaciones. Todos los consejos estaban destinados a las mujeres, desde «No haga autoestop ni recoja en su coche a desconocidos» a «Eche las cortinas al anochecer para evitar las miradas indiscre-

tas». Ponían el foco de atención en la víctima y no en el agresor. El mensaje es claro: la responsabilidad de prevenir las agresiones es cosa de ellas. Si te violan, es porque no has puesto lo suficiente de tu parte. A lo mejor se te olvidó «Sentarte cerca del conductor en un autobús poco concurrido», o tal vez no llevabas «Un silbato para ahuyentar al delincuente».

Desde pequeñas nos enseñan que, para evitar la violencia, las mujeres tenemos que estar en un constante estado de alerta, en muchas ocasiones a costa de perder una relación normal con nuestro entorno. En el momento en el que no podemos salir de casa sin estar acompañadas o llevando la ropa que nos apetezca, nuestra autonomía como individuos se ve limitada. Y aun con esas, decidimos ceder parte de nuestra independencia a favor de sentirnos seguras. Así es como se perpetúa el guion del miedo: responsabilizando a las mujeres de la violencia que se ejerce contra ellas y haciéndoles creer que no tienen poder para defenderse. Que su única posibilidad es desconfiar, y protegerse. ¿Y si hiciésemos una guía destinada a los violadores? En la web «This is not an invitation to rape me^[1]» se publicaron diez consejos básicos antiviolación desde una perspectiva muy diferente a la que estamos acostumbrados (traducidos al castellano por la web «Escéptica»):

1. *No pongas drogas en las bebidas de las mujeres.*
2. *Si ves a una mujer caminando sola por la calle, déjala tranquila.*
3. *Si te detienes para ayudar a una mujer cuyo automóvil se ha averiado, recuerda no violarla.*
4. *Si estás en un ascensor y una mujer entra, no la violas.*

5. *Nunca te cueles en casa de una mujer por una ventana o puerta sin pestillo. No la asaltes en el aparcamiento, ni la violes.*
6. *¡PIDE AYUDA A TUS AMIGOS! Si eres incapaz de abstenerte de agredir personas, pide a un amigo que te acompañe cuando estés en lugares públicos.*
7. *No lo olvides: no es sexo si lo haces con alguien dormido o inconsciente. ¡Es VIOLACIÓN!*
8. *Lleva contigo un silbato si te preocupa que puedas atacar a alguien «por accidente», puedes entregárselo a la persona con la que estés para que pida ayuda.*
9. *No lo olvides: la honestidad es la mejor política. Si tienes la intención de tener sexo más tarde con tu cita independientemente de lo que ella quiera, dile directamente que existe una gran probabilidad de que la violes. Si no comunicas tus intenciones, ella podría tomarlo como una señal de que no planeas violarla e, inadvertidamente, sentirse a salvo.*
10. *No violes.*

Cuando reflexionamos sobre el miedo al conflicto, es fácil caer en las comparaciones: ¡los hombres también temen la violencia! Por supuesto. Lo que pasa es que a ellos se les enseña a reaccionar, mientras que para las mujeres la indefensión es estructural. Se nos inculca desde la más tierna infancia que debemos tener miedo, y que no podemos ni debemos luchar contra nuestros agresores. Si analizamos el tema con perspectiva intentando ver más allá